



El perfil gerencial virtuoso: aportes del pensamiento científico y socrático en la gestión moderna de personas.

The virtuous managerial profile: contributions of scientific and Socratic thought to modern people management.

Dra. Chirinos de Sánchez, Nilda Isabel

Docente Investigadora de la Universidad de Carabobo -Venezuela
Coordinadora del Grupo de Investigación en Empresa,
Universidad y Sociedad (GEUS-UC)
Facultad de Ciencias Económicas y Sociales.
nchirinos@uc.edu.ve/ nildachirinos@gmail.com
<https://orcid.org/0000-0002-5875-0336>

Recibido 10 de febrero 2026 | Arbitrado: 01 de marzo 2026 | Aprobado: 20 de marzo 2026 | Publicado 01 de junio 2026

RESUMEN

El presente artículo tiene como propósito realizar una revisión documental del modelo político griego, con el fin de identificar las virtudes que caracterizaron el pensamiento ético de la época, particularmente aquellas inspiradas en la filosofía socrática, para analizar su aplicabilidad en los actuales procesos de gestión de personas. Este análisis busca delinear un perfil gerencial fundamentado en virtudes, que sirva como referencia para el diseño de futuros modelos de selección y desarrollo del gerente contemporáneo, especialmente en el contexto venezolano. En un entorno donde las organizaciones públicas y privadas enfrentan desafíos de competitividad, sostenibilidad y confianza social, la incorporación de principios éticos en la práctica gerencial se presenta como una necesidad urgente. Los comportamientos sustentados en la integridad, la prudencia y la justicia se reconocen como pilares esenciales para elevar la calidad del liderazgo y promover una cultura organizacional orientada al bien común. Así, la reflexión sobre el pensamiento socrático centrado en el autoconocimiento, la virtud y la búsqueda del bien, se erige como una fuente de inspiración para reconstruir modelos de gestión más humanos y responsables. Este estudio, de carácter interdisciplinario, pretende aportar una base conceptual para comprender cómo la ética y las virtudes pueden integrarse en la formación y el desempeño de los líderes actuales, contribuyendo a fortalecer la conciencia colectiva y la legitimidad de la acción gerencial en la construcción de empresas y sociedades más justas y sostenibles.

Palabras clave:

Virtudes, Ética,
Perfil Gerencial,
Comportamientos,
Organización.

ABSTRACT

This article aims to conduct a documentary review of the Greek political model in order to identify the virtues that characterised the ethical thought of the period, particularly those inspired by Socratic philosophy, and to analyse their applicability to contemporary people management processes. The study seeks to outline a virtue-based managerial profile that may serve as a reference for the design of future models for the selection and development of contemporary managers, especially within the Venezuelan context. In an environment where public and private organisations face challenges related to competitiveness, sustainability, and social trust, the incorporation of ethical principles into managerial practice emerges as an urgent necessity. Behaviour grounded in integrity, prudence, and justice is recognised as an essential pillar for enhancing leadership quality and fostering an organisational culture oriented towards the common good. In this regard, reflection on Socratic thought, centred on self-knowledge, virtue, and the pursuit of the good, provides a valuable source of inspiration for rebuilding more humane and responsible management models. This interdisciplinary study seeks to contribute a conceptual foundation for understanding how ethics and virtues can be integrated into the education, development, and performance of contemporary leaders, thereby strengthening collective awareness and the legitimacy of managerial action in the construction of more just and sustainable organisations and societies.

Keywords:

Virtues, ethics,
managerial profile,
behaviours,
organisation..

INTRODUCCIÓN

Las primeras manifestaciones del pensamiento filosófico organizado y sistemático surgieron en la Grecia Antigua, considerada la cuna del saber racional de Occidente. Sus principales exponentes fueron Tales de Mileto, Sócrates, Platón y Aristóteles, cuyas ideas marcaron las bases del pensamiento ético, político y científico. Tradicionalmente, la filosofía griega se divide en dos grandes periodos: el presocrático, que abarca desde el siglo VII a. C. hasta el siglo V a. C., y el socrático, que florece durante el siglo V a. C.

Los pensadores presocráticos centraron sus reflexiones en la búsqueda del principio material y racional que explicara el origen de la naturaleza y del cosmos. Entre los más destacados se encuentran Tales de Mileto, Anaximandro, Anaxímenes, Pitágoras, Heráclito, Parménides, Empédocles, Anaxágoras, Leucipo y Demócrito. Estos filósofos marcaron el punto de partida del pensamiento racional al sustituir las explicaciones míticas por una visión que procuraba comprender la realidad mediante la observación, la lógica y la argumentación. Tales de Mileto (siglo VII a. C.) es reconocido como el iniciador de esta tradición, al sostener que la existencia posee un principio común que puede ser conocido por la razón. Este giro hacia la reflexión racional abrió el camino al análisis ético y político del comportamiento humano, dando origen a los primeros modelos de gestión basados en virtudes y en la conducción moral de las decisiones públicas.

Posteriormente, el periodo socrático, desarrollado entre los años 450 y 400 a. C., representó una transformación profunda al situar al ser humano en el centro de la reflexión filosófica. Sócrates (469–399 a. C.) afirmó que el verdadero conocimiento reside en la autoconciencia y en la búsqueda de la virtud, mientras que los sofistas —especialistas en el arte de argumentar y persuadir— orientaron la filosofía hacia fines prácticos y políticos, consolidándola como una herramienta de formación ciudadana. Con base en esta premisa, la presente investigación se enmarca en el estudio de las prácticas del modelo de gestión político griego y su posible aplicación en la gestión contemporánea de personas. El proceso analítico se centra en los aportes de Sócrates, Platón y Aristóteles al pensamiento político de la Antigua Grecia y su vigencia en el liderazgo ético actual de gerentes, directivos y autoridades institucionales. Particularmente, este ensayo destaca las enseñanzas socráticas como fundamento filosófico de un perfil gerencial basado en virtudes, orientado al bien común y a la excelencia moral en la toma de decisiones.

Sócrates (469–399 a. C.), filósofo y maestro ateniense considerado el padre de la filosofía, se distinguió por oponerse a los métodos de los sofistas, quienes enseñaban a sus

discípulos respuestas ingeniosas para triunfar en los debates públicos. No dejó obras escritas; su pensamiento fue transmitido por sus discípulos, especialmente por Platón, quien plasmó sus ideas en los diálogos filosóficos. La influencia de Sócrates en el pensamiento occidental fue profunda, pues introdujo una nueva forma de reflexión centrada en la búsqueda de la verdad y en la comprensión de los valores morales mediante el diálogo racional.

Su objetivo principal era descubrir la esencia común que comparten todas las cosas a las que se les asigna un mismo concepto. Consideraba que debía existir una característica universal para todo lo que se denomina justo, bueno o bello, y que esa cualidad esencial permite distinguir lo justo de lo injusto, lo bueno de lo malo y lo bello de lo feo. Para lograrlo, empleaba el diálogo con sus interlocutores como medio de indagación, método conocido como mayéutica, que consistía en ayudar al otro a descubrir la verdad a través de preguntas sucesivas y razonamiento lógico.

La dialéctica socrático-platónica, entendida como una unidad de pensamiento, abarca distintos aspectos interrelacionados: el carácter ecléctico, la formulación de hipótesis y los procesos de análisis y síntesis. El eclecticismo, en particular, se refiere a la tendencia filosófica que busca integrar en una sola visión los elementos más valiosos de diferentes corrientes de pensamiento, minimizando las diferencias y enfatizando los puntos de convergencia. En la antigüedad, este enfoque fue adoptado por diversas escuelas posteriores a Aristóteles, con el propósito de conciliar doctrinas y construir una filosofía más amplia y coherente.

Sócrates no dejó escritos propios, pero su pensamiento fue transmitido por sus discípulos, especialmente por Platón (427–347 a. C.), quien registró en sus diálogos las conversaciones que su maestro sostenía con los ciudadanos de Atenas. A diferencia de los sofistas, que defendían el relativismo (según el cual la verdad depende del sujeto o del contexto social), Sócrates buscaba una verdad universal que sirviera de fundamento a la ética y a la organización política de la sociedad. Para él, la idea de que la verdad cambia según la opinión individual era inaceptable, ya que conducía a la incoherencia moral y a la imposibilidad del conocimiento. Su enseñanza, por tanto, tenía como propósito orientar al ser humano hacia el bien y la justicia a través del razonamiento. Sócrates afirmaba que es posible conocer lo que las cosas son, tanto en el ámbito humano como en el natural. Este principio se ve reflejado en la célebre alegoría de la caverna narrada por Platón en el libro VII de *La República* (Villanueva, 2009), donde se muestra cómo las personas, al permanecer atadas a las sombras de la ignorancia, confunden la apariencia con la realidad. Solo aquel que logra liberarse y mirar hacia la

luz alcanza el conocimiento verdadero. Esta metáfora representa el proceso filosófico mediante el cual el individuo se eleva desde la opinión hacia la ciencia, comprendiendo que la verdad se halla más allá de lo que los sentidos perciben.

En este sentido, Platón señala que el filósofo, una vez que descubre la verdad, tiene la responsabilidad moral de regresar al mundo sensible y guiar a los demás hacia el conocimiento. Así, la alegoría adquiere una dimensión ética y política: conocer implica comprometerse con la verdad y con el bienestar común.

De esta manera, Sócrates introduce la idea del “ser” de las cosas como fundamento del mundo de las ideas. La esencia o verdad de cada cosa no reside en su apariencia, sino en su forma ideal, accesible únicamente mediante el pensamiento racional. Para Sócrates, conocer el bien equivale a practicarlo; de allí su concepción del conocimiento como virtud. Este planteamiento, conocido como intelectualismo ético, sostiene que quien conoce lo justo necesariamente actúa de manera justa. Platón retoma esta visión socrática y la amplía en su teoría de la reminiscencia, según la cual aprender es recordar las verdades universales que el alma ya conoce.

Con Sócrates (siglo V a. C.) surge el Humanismo griego, al situar al ser humano en el centro de la reflexión filosófica y moral. Fue el primero en afirmar que el conocimiento del hombre debía ser el punto de partida de toda sabiduría. En su Apología, Sócrates declara que su sabiduría no consiste en saberlo todo, sino en reconocer los límites del conocimiento humano: la llamada “sabiduría humana”. Para él, el autoconocimiento era la base de toda virtud, lo cual sintetiza en su célebre máxima “Conócete a ti mismo”.

El pensamiento socrático se fundamenta en la idea de que cada persona debe descubrir su propia naturaleza y orientarla hacia el bien. Su doctrina ética se complementa con la práctica de la virtud (areté), entendida como la capacidad de realizar con excelencia aquello para lo cual el ser humano ha nacido. Sócrates consideraba que conocer el bien es condición indispensable para obrar correctamente, por lo que el conocimiento verdadero debía alcanzarse a través del diálogo racional. Su método, basado en la conversación y la dialéctica, utilizaba la ironía para revelar la ignorancia del interlocutor y la mayéutica para conducirlo al descubrimiento de la verdad.

Sócrates generó una auténtica revolución espiritual al centrar su filosofía en el alma humana, concebida como el principio racional y moral del individuo. Para él, el alma es la esencia del hombre, sede de la conciencia y la razón; por ello, cuidar de sí mismo significa cuidar el alma. De esta idea se deriva su concepción de la virtud como sabiduría: solo quien conoce el bien puede actuar bien, mientras que el mal es producto de la

ignorancia. Nadie obra injustamente de manera voluntaria, pues quien hace el mal lo hace sin saber que es tal.

La felicidad, en consecuencia, no depende de bienes materiales ni del poder, sino del orden interior del alma. El hombre virtuoso es aquel que alcanza la armonía interior mediante la justicia, la prudencia y la verdad. De este modo, la virtud es su propio premio, y la vida buena se identifica con la vida sabia.

La coherencia de Sócrates entre pensamiento y acción se reflejó en su muerte. Acusado de impiedad y de corromper a los jóvenes, defendió sus convicciones hasta el final, sosteniendo que enseñaba a buscar la verdad y a ser mejores ciudadanos. Rechazó la fuga propuesta por sus discípulos porque ello significaría violar las leyes de Atenas, prefiriendo morir antes que contradecir sus principios. En su Apología advierte a sus jueces que su muerte no silenciaría la búsqueda filosófica, sino que inspiraría a otros a continuar interrogando la vida y la conducta humana.

El comportamiento asumido por Sócrates frente al cumplimiento de las leyes representó un hito en la historia cultural y moral de Occidente. Su actitud marcó el inicio de una verdadera revolución ética basada en la no violencia y en la coherencia entre pensamiento y acción. Sócrates no solo defendió teóricamente la obediencia a la ley como principio moral, sino que la llevó a la práctica hasta sus últimas consecuencias, convirtiendo su muerte en un testimonio de convicción y fidelidad a los valores que profesaba. Con su ejemplo, transformó la idea de justicia en una forma de vida, demostrando que el respeto a las leyes constituye la base de la virtud cívica y del equilibrio social.

El filósofo advirtió el deterioro de las virtudes tradicionales de moderación y respeto por las normas en una Atenas dominada por el individualismo político y la demagogia, influenciada por los sofistas. Ante la decadencia moral de la polis, su propósito fue recuperar el sentido ético de la ciudadanía. Para Sócrates, respetar la ley era una expresión de respeto hacia uno mismo y hacia la comunidad. Su decisión de acatar la condena y no huir simboliza su lealtad a la ciudad y su compromiso con el ideal de justicia.

En cuanto a la relación entre ética y política, Diego (2001) sostiene que, desde las civilizaciones más antiguas, existieron procesos de formación moral destinados a preparar a los futuros gobernantes antes de asumir sus cargos. Esta formación ética se concebía como un requisito indispensable para ejercer el poder con justicia y prudencia. En la antigua China, por ejemplo, Confucio (siglo V a. C.) estableció los principios de

conducta pública en sus cuatro libros clásicos, los cuales sentaron las bases del pensamiento político oriental. De manera similar, en Grecia, Aristóteles (siglo IV a. C.) y Plutarco (siglo III a. C.) reflexionaron sobre la necesidad de unir ética y política como condición esencial para el buen gobierno. Las obras *Ética a Nicómaco* y *Obras Morales* son ejemplos del interés por ordenar la vida pública conforme al bien común y promover la virtud como guía del comportamiento. Desde entonces, el pensamiento ético se ha vinculado con la búsqueda de la justicia, la autorregulación y el equilibrio interior como fundamentos del buen vivir.

A lo largo de la historia, numerosos pensadores, siguiendo el ejemplo de Sócrates, han cuestionado las creencias establecidas con el fin de revisar críticamente las estructuras del poder y de la moral. Aunque se le acusó de exagerar el papel de la razón, su método dialógico permitió liberar el pensamiento de prejuicios y errores, abriendo el camino hacia la verdad.

En el ámbito político y social griego, la organización estaba compuesta por múltiples ciudades-estado que compartían idioma, religión y tradiciones comunes. El idioma griego era un símbolo de identidad colectiva, mientras que su religión politeísta y los mitos constituían el núcleo espiritual y cultural de la vida pública. Celebraciones como los Juegos Olímpicos, en honor a Zeus, y epopeyas como la Guerra de Troya reforzaban el sentimiento de pertenencia y continuidad histórica. En este contexto, la reflexión ética y política de Sócrates adquirió un profundo significado, pues buscaba reorientar al ciudadano hacia la virtud, la justicia y la vida comunitaria, fundamentos que siguen siendo esenciales en la gestión moral y política contemporánea.

La mitología griega se manifestó tanto en una amplia colección de relatos como en diversas expresiones artísticas, entre ellas la cerámica pintada y las ofrendas votivas. Los mitos buscaban explicar el origen del mundo y narraban las vidas, hazañas y conflictos de dioses, héroes y criaturas sobrenaturales. Estas historias se difundieron inicialmente a través de la tradición oral y la poesía épica, convirtiéndose en un pilar de la identidad cultural griega.

Los griegos organizaban su vida en pequeñas comunidades llamadas polis o ciudades-estado, donde se desarrolló un modo de vida caracterizado por la participación ciudadana y el diálogo. Consideraban que el ser humano era, ante todo, un ser racional, por lo que otorgaban gran valor a la palabra y a la comunicación. Disfrutaban del intercambio de ideas, los discursos políticos, las enseñanzas de los sabios y los debates sobre los asuntos públicos de su polis.

Con el tiempo, la sociedad griega fue transformándose mediante la introducción de reformas políticas destinadas a resolver los conflictos entre grupos sociales. La polis se consolidó como una organización abierta al comercio y a la navegación, con un sistema social que distinguía a los ciudadanos, metecos y esclavos. Los ciudadanos gozaban de plenos derechos políticos y civiles, participaban en las magistraturas, tribunales y ceremonias públicas, además de cumplir con deberes militares. Los metecos, extranjeros residentes, carecían de ciudadanía pero contribuían económicamente y podían obtener ciertos privilegios. Los esclavos, en cambio, carecían de derechos y su condición provenía de la guerra, la deuda o el nacimiento, aunque algunos lograban la libertad.

El surgimiento de las polis, unidades políticas independientes gobernadas en un inicio por reyes y consejos de nobles, sentó las bases para el desarrollo del pensamiento político griego. De esta estructura derivó el término política, entendido como el arte de gobernar la ciudad conforme al bien común. Atenas y Esparta destacaron como los principales centros de poder, con rasgos comunes: la acrópolis como centro religioso y defensivo, las murallas como resguardo y el ágora como espacio comercial y de deliberación pública. Cada polis poseía autonomía en los ámbitos legal, religioso, administrativo y militar. El ciudadano griego no era un súbdito, sino un miembro activo de su comunidad, con derechos y deberes que lo vinculaban al destino de la ciudad. Creían que el gobierno debía ejercerse mediante leyes acordadas colectivamente, no impuestas por un monarca, lo que dio origen a la idea de participación política y a la primera experiencia democrática en Atenas durante el siglo VI a. C.

El territorio de la polis comprendía tres áreas: la zona urbana, con viviendas, templos, mercados y teatros; la acrópolis, donde se erigían los templos principales; y la zona rural, destinada a la agricultura y a las aldeas circundantes. Uno de los mayores legados de la civilización griega fue el concepto de ciudadanía, aunque no todos gozaban de igualdad política: las mujeres, los extranjeros y los esclavos estaban excluidos de la participación pública. En cuanto a sus instituciones, las polis contaban con tres órganos principales: la asamblea, formada por los ciudadanos; el consejo, encargado de asesorar al gobierno; y los magistrados, responsables de las funciones ejecutivas y judiciales. Durante el siglo VIII a. C., las polis se regían por sistemas aristocráticos en los que el poder pertenecía a los nobles o “aristoi”, considerados los mejores. Sin embargo, con el paso del tiempo, especialmente en la época arcaica, surgieron transformaciones económicas y sociales que favorecieron una mayor participación de los sectores económicamente poderosos, dando lugar a un régimen plutocrático y a la paulatina evolución hacia sistemas más participativos, preludio de la democracia clásica.

En la época heroica, representada por Homero y Hesíodo, la virtud (areté) se concebía como una cualidad que permitía a las personas desempeñar un papel social relevante y honorable. Para Sócrates, en cambio, la virtud constituía la capacidad de discernir y actuar correctamente, diferenciando el bien del mal y el vicio. Sostenía que la virtud podía alcanzarse mediante la educación, siempre que esta se fundamentara en la moral y en la práctica cotidiana de la justicia. Su pensamiento se asocia con el intelectualismo moral, doctrina que establece que la sabiduría se basa en la ética y que conocer el bien implica necesariamente obrar bien (AA.VV., 2012, p. 2).

Según Sócrates, la virtud es una sola y las distintas virtudes son expresiones de una misma unidad (Blanco, p. 5). Propone someter la vida humana y sus valores al dominio de la razón, pues si la esencia del hombre reside en el alma, las virtudes son aquello que la perfecciona. De este modo, las virtudes constituyen una forma de conocimiento práctico que orienta la conducta hacia la excelencia moral. El saber, para Sócrates, va más allá del conocimiento teórico: implica un saber hacer que se traduce en acciones justas y racionales. “La virtud es patrimonio del hombre libre” (Alcibiades 135e, en Blanco, p. 7).

En este sentido, la libertad es entendida como autodomínio, la capacidad de gobernarse a sí mismo y de controlar los propios impulsos. El hombre libre es aquel que actúa guiado por la razón, mientras que el esclavo es quien se deja dominar por sus pasiones. Este dominio racional de la conducta configura el ideal del “héroe socrático”: no el guerrero fuerte de la tradición homérica, sino el sabio que vence sus debilidades internas (Blanco, p. 7). Desde esta perspectiva, la filosofía socrática influye directamente en la comprensión de la vida ética. Diego (2007, p. 5) clasifica las actitudes humanas en tres géneros de vida: el voluptuoso, el político y el contemplativo. El primero, el “género voluptuoso”, se caracteriza por la búsqueda desmedida de placeres, en la que los deseos dominan al individuo y la razón no ejerce control. Este tipo de vida, dominado por la sensualidad y el exceso, es considerado indigno.

El segundo, el “género político”, tiene como propósito la búsqueda del honor y del bien común. Implica una vida guiada por principios éticos, valores cívicos y educación constante. Diego (2007, p. 6) sostiene que vivir políticamente significa gobernar la propia conducta y actuar en favor del bienestar colectivo. Marco Aurelio también lo reafirma al señalar que el deber supremo del hombre es servir al bien común y dominar las pasiones corporales mediante la razón. En esta línea, Cicerón consideraba que el conocimiento de las constituciones y de los cambios políticos era una tarea casi divina, reservada a los sabios. El tercer género, el “contemplativo”, corresponde a quienes dedican su vida al

conocimiento, la sabiduría y la búsqueda de la verdad. Este tipo de vida se centra en el autoconocimiento, el cultivo de la espiritualidad y la renuncia a los bienes materiales, siguiendo el principio socrático del “conócete a ti mismo”.

De esta clasificación se desprende que quienes se dedican al servicio público y la gestión política encarnan el género político, orientado al bien común. Sin embargo, lograrlo exige un arduo trabajo de autodomínio, justicia y equilibrio interior. La unión entre ética y política genera las condiciones necesarias para la convivencia armónica y el desarrollo colectivo. Gobernar, en consecuencia, equivale a servir; un Estado que no procura el bienestar de sus ciudadanos pierde legitimidad moral.

El bien común se define como el conjunto de condiciones que permiten a los individuos y comunidades alcanzar su plenitud. Por ello, el gobernante debe evitar los excesos, moderar las pasiones y promover la integración social. La moral pública se convierte en la base de la estabilidad política y se sustenta en el respeto a las tradiciones y a los principios éticos que regulan la vida cívica.

Marco Aurelio señalaba que para gobernar con justicia es necesario un proceso de formación ética y de acción virtuosa. Solo mediante una educación sólida y constante puede alcanzarse el dominio de los deseos y el equilibrio interior indispensables para ejercer el poder con sabiduría. Cuando el gobernante logra este equilibrio, actúa con prudencia y rectitud, lo que los antiguos denominaban “el principio recto”.

La teoría política clásica identifica tres cualidades esenciales para quienes asumen las más altas magistraturas: lealtad a la constitución, capacidad para ejercer responsabilidades y virtud moral. Esta última, la más difícil de alcanzar, exige conocimiento profundo, paciencia y voluntad constante. Cicerón afirmaba que los verdaderos hombres de Estado deben poseer serenidad, fortaleza y desprecio por los bienes materiales, pues su misión es servir con justicia y templanza.

En las civilizaciones antiguas no existía duda alguna sobre la relación entre ética y política. Se comprendía que quien aspiraba al poder debía formarse en valores para ejercer un liderazgo justo y virtuoso. La ética, entendida como acción práctica, no se limita al pensamiento teórico: se traduce en decisiones y conductas que promueven el bien común. Zubiri (1940, p. 19) sostenía que lo ético abarca las disposiciones del hombre en su vida, su carácter y sus costumbres, y que la moralidad es una consecuencia de la razón. En este sentido, la racionalidad ética se fundamenta en la responsabilidad y la imparcialidad, configurando así la justicia como expresión máxima de la sabiduría práctica.

MATERIALES Y MÉTODO

El presente estudio se desarrolló bajo un enfoque documental, sustentado en la revisión, análisis e interpretación crítica de fuentes bibliográficas, filosóficas e históricas relacionadas con el pensamiento clásico griego y su aplicación en la gestión de personas. La metodología documental permitió examinar los aportes teóricos de Sócrates, Platón y Aristóteles respecto a la ética, la política y las virtudes humanas, con el propósito de establecer una relación entre los fundamentos del pensamiento socrático y los modelos actuales de liderazgo ético.

Para el desarrollo del estudio se consultaron libros, artículos académicos, obras clásicas y textos contemporáneos que abordan el concepto de virtud, el intelectualismo moral, la formación ética del gobernante y la estructura política de la polis griega. La información recopilada fue seleccionada mediante criterios de pertinencia temática, actualidad y relevancia filosófica, con el fin de garantizar un análisis coherente y fundamentado.

El procedimiento metodológico comprendió tres etapas principales:

1. Revisión teórica: recopilación de fuentes primarias y secundarias que abordan los fundamentos éticos y políticos del pensamiento socrático.
2. Análisis comparativo: identificación de convergencias y divergencias entre los planteamientos clásicos y las prácticas contemporáneas de gestión humana.
3. Síntesis interpretativa: integración de los hallazgos con una perspectiva crítica que permita proyectar la aplicabilidad de las virtudes socráticas en la formación y desempeño de líderes actuales.

Este tipo de estudio, al basarse en la exploración de materiales escritos y en la reflexión conceptual, no implicó la manipulación de variables ni la recolección de datos empíricos, sino la construcción de un marco teórico que oriente futuras investigaciones sobre la ética del liderazgo y la gestión basada en valores.

RESULTADOS

Del análisis documental realizado se desprende que Sócrates constituye una figura clave en el desarrollo del pensamiento ético y político de la Antigua Grecia. Su principal contribución radica en haber orientado la reflexión filosófica hacia la comprensión del ser humano y su conducta moral. Introduce el diálogo como método de búsqueda racional de la verdad y propone la ética como fundamento de la vida pública y privada.

Los resultados muestran que Sócrates intentó superar el relativismo de los sofistas, estableciendo una verdad objetiva que sirviera de base a la justicia y al orden social. Su método dialógico, la mayéutica, se revela como una estrategia pedagógica que impulsa al individuo a descubrir dentro de sí mismo los principios del bien y de la virtud. De esta manera, el conocimiento se convierte en la vía para alcanzar la excelencia moral.

Asimismo, se confirma que el pensamiento socrático define la virtud como una forma de conocimiento racional. Quien conoce el bien, actúa bien; y quien obra mal, lo hace por ignorancia. Este principio, denominado intelectualismo moral, coloca a la educación y al pensamiento reflexivo como los pilares del perfeccionamiento humano.

El estudio también permitió identificar las virtudes cardinales presentadas por Sócrates (prudencia, justicia, fortaleza y templanza), las cuales constituyen la base de toda conducta ética. Cada virtud responde a un defecto o debilidad de la naturaleza humana: la prudencia combate la ignorancia, la justicia corrige la malicia, la fortaleza enfrenta la debilidad y la templanza regula los deseos. En conjunto, estas virtudes conforman un modelo moral aplicable a la formación de gobernantes y líderes capaces de dirigir con sabiduría y rectitud. Se evidencia que la educación en valores y la práctica de la ética eran componentes esenciales en la formación política griega. La enseñanza filosófica de Sócrates buscaba formar ciudadanos conscientes de su deber con la polis y con el bien común, estableciendo las bases de una gestión pública sustentada en la virtud.

CONCLUSIONES

El estudio confirma que la filosofía socrática, centrada en la virtud y en la razón, mantiene una vigencia indiscutible en el contexto actual de la gestión política y organizacional. Su pensamiento demuestra que el conocimiento y la ética no pueden separarse, pues solo quien comprende el bien puede actuar justamente.

Sócrates plantea que la virtud es enseñable y que el conocimiento de la verdad conduce a la práctica del bien. Este principio debe ser retomado en la formación de los líderes contemporáneos, quienes, al igual que los gobernantes de la Grecia clásica, tienen la responsabilidad de orientar sus acciones hacia el bienestar colectivo.

Asimismo, se concluye que la ética es acción, no mera teoría. La enseñanza de valores debe propiciar la creación de hábitos, costumbres y comportamientos coherentes con los principios de justicia, honestidad y autocontrol. Solo mediante un cambio profundo en la conciencia ética será posible recuperar la confianza en la gestión pública y privada.

En síntesis, el pensamiento socrático ofrece un modelo de liderazgo basado en virtudes, donde el conocimiento, la prudencia, la justicia, la fortaleza y la templanza constituyen los pilares de una dirección moral y equilibrada. Este legado filosófico, aunque originado en la Grecia Antigua, conserva plena actualidad y sirve como referencia para construir organizaciones y sociedades guiadas por el bien común.

REFERENCIAS

- Alarcos, F. (1999). Para vivir la ética en la vida pública. Universidad de Navarra.
- Arendt, H. (1993). La condición humana. Paidós.
- Aristóteles. (1982). Ética nicomaquea. Editorial Aguilar.
- Aristóteles. (1982). Política. Editorial Aguilar.
- Aristóteles. (1986). Gran ética. Aguilar.
- Blanco, C. (2001). Sócrates y los socráticos menores. UCLM Editorial.
- Camps, V. (1996). El malestar en la vida pública. Editorial Grijalbo.
- Cicerón, M. T. (2001). Sobre los deberes. Alianza Editorial.
- Confucio. (2001). Los cuatro grandes libros. Editorial Paidós.
- Diego, O. (2001). La ética en los servidores públicos. Universidad Nacional Autónoma de México.
- Diego, O. (2007). Ética y política: Valores para un buen gobierno. Universidad Nacional Autónoma de México.
- Gómez, C. (2002). Doce textos fundamentales de la ética del siglo XX. Alianza Editorial.
- Küng, H. (1991). Proyecto de una ética mundial. Editorial Trotta.
- Küng, H. (1997). Una ética mundial para la economía y la política. Fondo de Cultura Económica.
- MacIntyre, A. (2001). Tras la virtud. Editorial Crítica.
- Marco Aurelio. (2001). Meditaciones. Cátedra.
- Marcos, P. (1987). Cartas mexicanas. Editorial Nueva Imagen.
- Nussbaum, M. (2011). Creando capacidades: Propuesta para el desarrollo humano. Paidós.
- Platón. (1949). La República. Instituto de Estudios Políticos.
- Plutarco. (1982). Vidas paralelas. Editorial Porrúa.
- Rivero, A. (2017). Las virtudes morales o cardinales. Espiritualidad Renovada, Catholic.net.
- Sandel, M. (2013). Justicia: ¿Hacemos lo que debemos? Debate.
- Savater, F. (2007). Ética para Amador. Ariel.
- Sen, A. (2009). La idea de la justicia. Taurus.

- Vattimo, G. (1990). *Ética de la interpretación*. Paidós.
- Weber, M. (1984). *El político y el científico*. Alianza Editorial.
- Yáñez, M. (2002). *Confucio: Grandes biografías*. Edimat Libros.
- Zubiri, X. (1940). *Sobre el hombre: Ensayos filosóficos*. Alianza Editorial.